

“Las Tres Viejas”

«Fatidicas olim fama est cecinisse sorores»....

De una crónica inglesa titulada *Rex Platonicus*, siglo XVII. (Cf. Shakspeare, trad. de Georg Duval. Introd. a la trag. de Macbeth).

Al concluir una de las temporadas amenísimas que allá por Navidad solía proporcionarme en su feligresía el venerable Párroco de Guatavita, regresaba, muchos años hace, a mi domicilio urbano e iban corridas dos horas de viaje y muy mediado el día, cuando alcancé a ver a Sesquillé.

Lo mismo que en otras ocasiones, trataba en ésta de aliviar la pesadumbre del camino y la incomodidad del carricoche atisbando por la ventanilla los cerros que desde Guatavita hasta Sesquillé cierran el horizonte a mano derecha. Fantaseando a destajo me entretenía en descubrir una pirámide por acá y unas ruinas misteriosas por allá, colocaba un castillo feudal sobre esta o sobre la otra cumbre, fingía cavernas recónditas e inaccesibles pobladas de enanos y de duendes en tal o cual despeñadero, y escogía las quiebras y repechos más deleitables a la vista para fabricar mentalmente la casa donde habré de ir a guarecer las postrimerías de mi vida y los desengaños de mi vejez.

Si parecieren excesivas estas divagaciones, sépase que de buena gana hubiera excusado tantos desatinos de la imaginación para emplear el tiempo en rezar las Horas menores; y la verdad es que traté de poner por obra este pladoso intento, pero con fortuna tan adversa, que al primer tumbo y batacazo del carricoche se me escapó el Breviario de entre las manos y no sé cómo lo libré de ir a parar entre los barrizales del camino.

Diez minutos me faltarían para llegar a Sesquillé,

cuando reparé en tres peñascos o morros pequeños, muy juntos, erguidos y emparejados que asomaban entre las vertientes de dos lomas. Empinados sobre ellas parecía que atalayaban el valle en toda su extensión, y hacían pensar en las cabezas de tres gigantes embozados que hubieran apartado las moles vecinas para afianzarse en sus hombros inmensos y desde allí escudriñar la tierra sin estorbo.

Dios sabe qué cataclismos fueron menester para perfilar estos tres morros y darles apariencias fantásticas y juntamente humanas que de seguro no han pasado inadvertidas a las gentes del contorno.

Mas para ellas el trabajo misterioso y pujante de la naturaleza en los milenarios remotísimos de la prehistoria nunca tendrá interés ni atractivo, y por eso, en cambio de las conjeturas sapientísimas de los geólogos, el pueblo adopta o inventa leyendas maravillosas que bastan a descifrarle todo lo raro e incomprensible de este mundo. Alguna de esas leyendas debía de haber forjado para explicar la disposición y estructura de los tres bultos peñascosos que me tenían embobecido, y sin más dilaciones comencé mis pesquisas interrogando al postillón:

—Sabes, le dije, cómo se llaman aquellos cerros tan iguales?

—No sé, me respondió después de mirarlos descuidadamente,—pero cuentan por ahí que son «Las tres viejas».

—¡Luego existe la leyenda!, dije para mis adentros, y proseguí en voz alta y muy alborozado:

—Cuéntame, cuéntame lo que sepas.

—¡Pero yo qué puedo contar, si no sé nada más!, me contestó, al mismo tiempo que arreaba los caballos. Y la plática no siguió adelante porque la respuesta del postillón no lo permitía y porque en ese momento paró

el coche ante la casa cural de Sesquilé. Una hora después reanudaba mi viaje, colmado de atenciones cordialísimas por el señor Cura pero sin haber adelantado un solo paso en la investigación de la leyenda consabida que, como puede suponerse, mereció más de una alusión entre plato y plato del almuerzo.

Meses después, y a pesar de varias diligencias harto laboriosas, el asunto de «Las tres viejas» no había logrado esclarecerse poco ni mucho, y he de confesar que llegué a sentir no sé qué indignación acordándome de Macbeth y de Banquo, a quienes no costaba ningún trabajo atinar con el paradero de las tres brujas o hechiceras que les ayudaron a desconcertar la Escocia; ningún reino pretendía yo desquiciar, ninguna corte quería yo conmover, ninguna conspiración tenía entre manos, y sin embargo «Las tres viejas» se obstinaban en no mostrarse por ninguna parte.

Al fin les di alcance no por obra de conjuros o evocaciones, ni con auxilio de las malas artes que probablemente utilizaban los personajes de Shakespeare, sino—quién lo creyera—por gracia y merced del Reverendo Padre Fray Anastasio Rebolledo, religioso franciscano y autor muy grave y erudito de la «Cornucopia Historial», libro rarísimo que se imprimió en Salamanca por los años de 1693 y que trata, según se advierte en la portada, «de la conquista, población y aumento del nuevo reino de Granada».

Y lo que allí refiere el Padre Rebolledo es del tenor siguiente:

Cuando se repartieron por la comarca de Guatavita los religiosos y sacerdotes que habían de doctrinarla, el territorio de Sesquilé quedó bajo la jurisdicción de un religioso de cuyo nombre no hay memoria, pero de quien afirma el Padre Rebolledo que fue natural de Covadonga y señaladísimo por la austeridad de la vida, por la eficacia de la predicación y por el celo genuina-

mente apostólico que le animaba. Con cualidades tan exquisitas, ya puede presumirse que la redención de los naturales no era empresa larga, y así sucedió que aunándose la virtud del religioso y la índole generosa de los comarcanos, en poco tiempo floreció una devota cristiandad en las vecindades de aquel campo de batalla donde, años atrás, la felonía del Zipa Nemequene acabó con el poderío del Guatavita, señor de vidas y haciendas hasta las fronteras de los Quecas y Tocancipaes, y hasta los Gachetaes, confinantes con los Teguas de los Llancs.

Nada habría faltado al consuelo espiritual del santo religioso de Covadonga, si su ferviente apostolado hubiera podido triunfar de la resistencia tenacísima que le hacían unos cuantos indios tan esquivos y rehacios que no solamente habían menospreciado el bautismo y desoído la predicación del Evangelio, sino que, alzándose a mayores, trataban de sustraerse a la jurisdicción del religioso, y de formar entre sí algo como un partido, facción o conventículo de pésimo talante.

Hablando con unos y con otros, cogiendo noticias al vuelo y atando cabos sueltos se averiguó por último que la rebeldía y cisma de los indígenas traía su origen y sacaba sus fuerzas de las inspiraciones y consejos de tres viejas misteriosas, que antaño manejaban a su sabor toda la región y eran acatadas por sacerdotisas y vicarias de Chía, Yabécayguaya y Huitaca, que vienen a ser tres personificaciones de la Luna, como pretenden algunos, o de aquella soberana Bachúe, madre universal que, según el parecer de Fray Pedro Simón, se mostró por estas tierras en figura «hermosísima y de grandes resplandores que se metió hecha culebra en la laguna». (Tomo 2, C. II).

Claro está que tanta diversidad de nombres y de fábulas no servía sino para ocultar al mismísimo demonio; y así lo entenderá todo el que sepa que la tal Bachúe «había venido a estos parajes para predicar—dice

el cronista Fray Pedro—vida ancha, placeres, juegos y entretenimientos de borracheras, por lo cual el Chimi-sagagüa la convirtió en lechuza y hizo que no anduviera sino de noche, como ella anda».

Por este estilo serían los ritos y observancias y solemnidades con que las tres viejas tenían engañados y perdidos a los rebeldes cuya pertinacia angustiaba el corazón del religioso de Covadonga, jefe espiritual de Sesquilé. Multiplicaba el santo varón las exhortaciones, y con acerbos penitencias y plegarias continuas imploraba la conversión de aquellos desalmados, pero todo parecía inútil, y en vez de señales de arrepentimiento no daban sino muestras escandalosas de su intolerable superstición. Porque unas veces aquí y otras allí se juntaban a deshora presididos por las tres viejas para bailar al són de caracoles y fotutos, zahumar a sus ídolos o divinidades con trementina parda y «mascar tabaco o embriagarse con el jumo—así dice la crónica—para hacer hechicerías y adivinaciones».

En lo que atañe a las tres viejas, siempre se dijo de ellas que eran hermanas, pero nunca pudo saberse con certeza cuándo y cómo llegaron al país. Teníanlas muchos por inmortales, y todos con entera verdad las reputaban no sólo feas sino espantables. ¡Cualquiera se imagina cómo quedarían vestidas de chircate, coronada la cabeza con plumas de papagayo, arrebolados los rostros y los brazos con tinta de vija y con chaguélas de oro en las narices y orejas!

Harto ya de mojigangas y embelecós, determinó el religioso de Covadonga aprovechar una Semana Santa para rendir y postrar la obstinación de los infieles. No era posible que los días consagrados a venerar la pasión y muerte del Redentor pasaran sin dejar copiosos y extraordinarios frutos de salvación; fortalecido, pues, con esta esperanza, el santo religioso no perdonó fatiga ni ahorró trabajo para procurar a sus feligreses una Se-

mana Santa devotísima, en que el fervor de los ánimos compitiera con las ceremonias sagradas, más que nunca significativas y dulces y amables, porque ahora se celebraban con los pobres recursos de un misionero, sin otras galas que las ofrecidas por la naturaleza, y sin más testigo que un pueblo recién convertido e inocente.

Fuera por curiosidad o porque comenzaban a blandearse las almas pecadoras de los rebeldes, es lo cierto que engolosinados con los preparativos que se adelantaban para celebrar la semana mayor, acudieron al pueblo y se aventuraron hasta las vecindades de la iglesia o por mejor decir, del bohío o choza que hacía sus veces. Aun se llegó a decir que seis o siete de los más calificados, habían seguido la procesión del Domingo de Palmas muy contentos y bien provistos de ramas de salvio, varas de chusque y manojos de gaque.

Sobresaltáronse con esto las tres viejas y tuvieron por perdida la autoridad diabólica que ejercitaban sobre los indios con no menos fama que provecho, viéndose abandonadas por sus secuaces, convertidas en mofa e irrisión de las gentes y quizá, quizá perseguidas y exterminadas.

En tal extremo no les quedaba otro camino que apelar a algún portento extraordinario, a alguna manifestación estupenda o a algún prodigio espantoso que subyugase definitivamente el ánimo de los indios y los sometiese por los siglos de los siglos al imperio y señorío de la superstición.

Con este propósito infernal aguardaron las tres viejas que llegase la noche del Jueves Santo, y rodeándose de mil vanas precauciones se encaminaron sigilosamente a ciertos barrancos no muy distantes de la laguna de Guatavita, donde solían conferenciar con el demonio. De lo que trataron con el Maligno no se tuvo noticia, pero un trajinante del páramo afirmó que viniendo de allá, muy

entrada la noche, las había visto danzar desafortadamente en torno de una hoguera cebada con frailejón, como podía colegirse del brío de las llamaradas y de la humareda tenebrosa que despedía.

Al otro día las tres viejas, más tiznadas y pestilentes que de costumbre reaparecieron entre los indios, sus secuaces, y les intimaron perentoriamente que se aperciesen a recibir la visita de Chía, Yubecaguaya y Huitaca, que a la madrugada siguiente vendrían con pompa maravillosa para gratificar con muchas suertes de prodigios a sus adoradores. Obedecieron todos y esa misma tarde, a tiempo que el santo religioso de Covadonga reunía sus feligreses a són de matraca para que asistiesen al oficio de Tinieblas, acamparon las tres viejas y sus devotos no lejos del pueblo y en la falda de dos lomas.

Hacia ellas se enderezaron todas las miradas, porque ya era público y notorio que esos serían los lugares preferidos para el apareamiento; pero estaban aquel día tan encubiertas y anubladas las cimas de la cordillera y era tan espesa la cerrazón en lo alto de las lomas susodichas, que recelando los indios algún presagio adverso, se aprestaron a aplacar a sus divinidades con el rito ordinario de los bailes que pararon muy luego en zambra y gresca tumultuosas, durante las cuales bebieron potentemente, de manera que, ya en altas horas de la noche, vencidos del sueño, cayeron desmayados en torno de las hogueras.

Y hé aquí que antes de apuntar la aurora prorrumpieron las tres viejas en gritos tan agudos y destemplados que no hubo letargo, pesadilla ni borrachera que no se disiparan al poder de esta diana insufrible. Unos tras otros fueron levantándose los indios, turulatos, entontecidos y suspensos, sin atinar con la causa del alboroto matutino; a tientas y tambaleándose rodearon finalmente

a las viejas que a la sazón ya no gritaban sino gemían, con cierta medida y consonancia, unas endechas o villancicos atestados de maldiciones a Nemqueteba, Bochica y Zuhé, que son los contrarios y enemigos de Chía, Yubecaguaya y Huitaca. Callaban de vez en cuándo para deshacerse a puras contorsiones y ensayar feísimos visajes, y proseguían el canto con alabanzas y aleluyas en honor de Bachúe, origen y manantial de vida, y con invocaciones a Busiraco, enemigo de los blancos y a Sóbze, perturbador de corazones, lo cual atestiguaba que las tres viejas eran peritísimas en todo linaje de hechicerías muiscas y en todos los embelecocos satánicos que por entonces infestaban la Tierra Firme.

Tenue claridad, más comparable al palidecer de la noche que al romper de la aurora, invadía mientras tanto el firmamento y fundiéndose con las nieblas descendía sobre la cordillera, de suerte que los dos cerros en cuya falda se habían juntado los indios apenas se mostraban como sombras muy leves perdidas entre la claridad brumosa y vacilante.

De pronto las tres viejas levantaron los ojos y alargaron los brazos enjutos como para descubrir y señalar algo que ya se columbraba entre los cerros; miraron hacia allá todos los indios y vieron con pavor indecible que iban dibujándose lentamente en las alturas y entre las nieblas diáfanas tres bultos iguales de sobrehumana grandeza, más negros que la noche.

Sobrecogidos y sin pulsos ante la visión espantable, se postraron los indios con ademán humildísimo y cosidos los rostros con el suelo aguardaron silenciosos e inmóviles que acabara de manifestarse el poderío formidable de Chía, Yubecaguaya y Huitaca. Pero en aquel mismo instante rompió los aires el tañido vibrante de la campana de Sesquilé, que anticipándose misteriosamente a la conmemoración gloriosa del Sábado Santo

y apresurando su homenaje al Salvador resucitado, llenó el espacio con armonías triunfantes y desbarató aceleradamente los portentos diabólicos con el poder sobrenatural que le comunicó la consagración litúrgica (1).

Pasaba el tiempo y los indios seguían prosternados y sin menearse, temerosos de que los aparecidos les aniquilaran de repente; mas como la postración aquella comenzaba a parecerles sobrado incómoda, se atrevieron no sin susto y turbación a rebullir las cabezas para echar una ojeada muy rápida y discreta a los alrededores; y como no vieron ni indicios ni asomos de catástrofe, se incorporaron poco a poco, y fue grande su sorpresa y desengaño al percatarse que los primeros rayos del sol naciente centelleaban sobre los tres morros que se erguían en el mismo sitio en que creyeron ver las sombras fantásticas de Chía, Yubecayguaya y Huitaca.

Es fama que las tres viejas desaparecieron sin saberse cómo, al propio tiempo que el clamor bendito de la campana de Sesquilé convertía en tres peñascos escuetos la aparición infernal que habían amañado; sobre la cual advierte el Padre Rebolledo que sería muy creíble y verosímil que el demonio hubiera cargado con ellas para darles tormento en los infiernos y desquitarse del mal papel que le habían hecho representar. También es probable que corridas y avergonzadas por el fracaso de sus conjuros, ensalmos y evocaciones, aprovecharan el desconcierto en que quedaron los indios para ponerse a buen recaudo; por mi parte no sé como pueda sentenciarse esta controversia y me atengo a otra opinión de no menor peso, según la cual el demonio se consoló de su

(1) «... et cum melodia illus (campanæ) auribus insonuerit populorum, crescat in eis devotio fidei; procul pellantur omnes insidiæ inimici. . . . prosternat æreas postestates dextera tuæ virtutis». — Pontifical Romano, In consecr, campanæ.

derrota sepulmando vivas a las infelices hechiceras en el tope de los morros. Así se explicaría cómodamente el nombre que se les ha dado y que subsiste hasta el presente.

Tal es la leyenda de «Las tres viejas».

LUIS SORACTA

(Colegial)

EL GRAN FILOSOFO AFRICANO: SAN AGUSTIN

¡ Cartago ! Hé aquí un nombre familiar a los oídos de cualquier hombre medianamente culto, y la imagen que de ordinario suscita en las gentes es la de la patria de Aníbal. Mas la Cartago del siglo IV no es ya la metrópoli fenicia, es una ciudad pronunciadamente romana. Si bien en sus dilatados contornos se observaban rezagos de los antiguos pobladores con vestigios de sus costumbres y su lengua, en la ciudad reedificada después de las guerras púnicas, el tren de gobierno, la magistratura, los espectáculos, todo era importado de Roma. Por su lujo y magnificencia brillaba entre las primeras ciudades del imperio, al par de Antioquía y de Alejandría misma. Sus habitantes, apasionados por las artes, se agolpaban en sus plazas para aplaudir al retórico o al sofista de moda. Ya desde el siglo II la ciudad se captó el dictado de *la musa de Africa*.

El cristianismo había hecho allí su aparición y producido a su vez sus hombres ilustres y sus oradores, a quienes en tiempos de persecución se seguía, para oírlos, a las grutas del desierto o a los sarcófagos abandonados. Afinado en el crisol de la prueba, el culto cristiano al fin salió victorioso y se hizo público. En el siglo III el Africa romana contaba doscientos obispos. Verdad que las disensiones no tardaron en producirse: